

DOS MUJERES CAZANDO LEONES - LA CORBATA - LAS NIEBLAS DE LONDRES

ALREDEDOR. DEL MUNDO



LA CONDESA DE SPENCER Y SU HIJO
(Cuadro de Reynolds)

DOS MUJERES CAZANDO LEONES

Aventuras de dos damas inglesas

Que una dama acompañe á su marido en una peligrosa expedición de caza ó en un viaje de exploración, á nadie debe extrañarle en los tiempos que corremos; pero que dos mujeres se vayan solas, ó sin más compañía que un puñado de salvajes, á matar búfalos y leones en las soledades africanas, es de veras extraordinario y novelesco.

Esto es lo que han hecho dos señoritas inglesas, ambas jóvenes y bonitas, Miss Inés Herbert y su prima Cecilia. Cuando anunciaron su intención á sus parientes y conocidos, nadie pudo creer que hablasen en serio; pero ellas estaban decididas, y después de obtener secretamente un permiso para penetrar en el país de Ogadén y de comprar las armas, municiones y medicinas que necesitaban para su expedición, embarcáronse para Berbera, en la costa del Somal.

En este punto, nuestras modernas Dianas ajustaron los servicios de un cazador indígena que había sido avisado de antemano desde Inglaterra. El cazador no esperaba que los blancos á quienes había de servir perteneciesen al bello sexo, y por consiguiente, quedó asombrado al ver á las dos resueltas señoritas; pero pasado el primer momento de estupor, puso empeño en servir las del mejor modo posible, y se encargó de organizar la caravana, una verdadera cabalgata compuesta de seis caballos y cuarenta y nueve camellos, con su correspondiente contingente humano, en el cual figuraban un cocinero que había estado ya al servicio de una familia blanca en Aden y un cazador que, por su afición á exagerar un tanto la verdad, recibió el apodo de Barón Munchausen.

Al gufa, cuyo nombre era un tanto difícil de pronunciar, se le llamó desde el primer momento Clarence.

El primer día de caza fué poco fructífero. Las dos primas cazaban separadamente, después de echar á cara ó cruz para ver quién se llevaba el gufa. Inés mató un *gerenuk*, antilope de largo cuello que tiene en sus movimientos algo de jirafa; el animal, y el resto del rebaño á que pertenecía, le hicieron dar una buena caminata antes de ponerse á tiro. Cecilia, por su parte, volvió al campamento con una magnífica gacela.

Los primeros leones

Algunos días después, el Barón Munchausen dijo que había visto leones en las cercanías del campamento. Teniendo en cuenta su fama de embustero, las cazadoras no dieron gran crédito á sus palabras; pero aquella misma noche, después de una larga caminata, en la que no cazaron absolutamente nada, Miss Herbert y su prima oyeron por primera vez el rugido del rey de los animales.

A la mañana siguiente, muy temprano, las dos jóvenes y todos sus cazadores salían en busca de las fieras. Pronto encontraron sus huellas, y Clarence aseguró que eran muy recientes, que los leones eran dos y que habían pasado muy despacio. Algo más allá se encontraron los restos de una gacela á medio devorar. Los leones habían comido allí; la arena estaba removida y ensangrentada, y desde aquel sitio la pista de los leones se dirigía hacia una espesura de matorrales espinosos.

Las cazadoras se apearon de sus caballos y se prepararon para entrar en acción. En aquel momento, Inés vió que dos enormes animales de amarillento pelaje salían de aquella espesura y lentamente se internaban en un bosquecillo algo mayor que había á la izquierda. Mientras las jóvenes procuraban animarse mutuamente y desvanecer la sensación

de frío que empezaba á sustituir á la excitación que hasta entonces habían experimentado, Clarence dió las órdenes oportunas para que comenzase el ojeo.

Los cazadores rodearon la espesura lanzando estentóreos gritos y golpeando con sus lanzas los troncos de los árboles. Nuestras inglesas vieron ó creyeron ver entre el follaje unos ojos iluminados por la ferocidad, y oyeron el gruñido gutural de las fieras acorraladas. Abrióse la maleza, y de entre ella, medio andando, medio arrastrándose, salió una leona, que inmediatamente se echó entre las altas hierbas, hasta no dejar ver más que la frente y las orejas. Inés y Cecilia dispararon á un tiempo, y la cabeza de la fiera desapareció por completo. La leona debía estar muerta.

Y entonces Miss Herbert hizo la mayor locura que puede hacer un cazador en caso semejante.



El león cayó sobre las piernas de Miss Herbert

Era su primer león, y sólo la ignorancia y el entusiasmo podían excusar su imprudencia.

Miss Herbert en las garras del león

Queriendo ver si la leona estaba efectivamente muerta, la valerosa joven avanzó con la carabina al brazo, sin pensar que la maleza encerraba todavía otro enemigo, el cual, lanzando un grave rugido, salió de la espesura. Cecilia lo vio e hizo fuego, hiriendo al animal en la espaldilla; entonces el león se encogió y dió un salto. Inés le había visto también, y quiso echarse á un lado; pero tenía los miembros como paralizados, y cayó, por fortuna, no de cara ni de espaldas, sino de costado, y esto fué lo que le salvó la vida. El felino había calculado sin duda la distancia para cogerla por los hombros, pero cayó solamente sobre sus piernas, en las que clavó rabioso las garras. En aquel instante mismo, Cecilia disparaba casi á boca de jarro, y el león quedó muerto. Miss Herbert no sacó de la aventura más que un arañazo en el muslo, aunque lo bastante profundo para obligarla á pasar algún tiempo en su cama de campaña.

Apenas se había curado, cuando su prima sufrió un ataque de reuma, que la retuvo á su vez en el campamento, y en este estado se hallaban, cuando llegaron noticias de que un rinoceronte vagaba por los alrededores. Miss Herbert pidió permiso á Cecilia para dejarla sola por unos momentos, y fuese en busca del monstruo acompañada de Clarence, el Barón Munchausen, y otros tres hombres.

Cara á cara con un rinoceronte

Después de una larga marcha bajo un sol de justicia, la pequeña partida encontró al paquidermo, que tranquilamente se atracaba de ramas de plan-

tas espinosas. No había que dejarse ver de él, porque el rinoceronte es un animal peligroso; así es que, aprovechando su distracción, Inés apuntó á la espaldilla e hizo fuego. Tal vez hizo mal; pero la cosa no tenía remedio. Con un bramido semejante al que produce el vapor cuando sale de una locomotora, el rinoceronte olfateó el aire y se lanzó sobre sus adversarios, que instantáneamente se separaron para dejarle pasar. Inés buscó refugio en

una maleza espinosa y volvió á disparar. La bestia, rabiosa por la herida, pasó junto á la cazadora con la velocidad de un relámpago y se precipitó sobre el Barón Munchausen, que al querer evitar la acometida, tropezó y cayó delante del enfurecido cuadrúpedo.

Entonces ocurrió una cosa horrible. El paquidermo tiraba derrotes con su cuerno, destrozando las carnes del infeliz Barón. La joven comprendió que había que hacer algo por aquel desdichado; olvidando toda prudencia, se acercó al monstruo e hizo fuego por tercera vez. El animal cayó, aunque todavía con vida, y la cazadora, dejando á cargo de Cla-



Un rinoceronte herido, se precipitó sobre el „Barón Munchausen“

rence el darle el golpe de muerte, se acercó á la víctima, que yacía horriblemente destrozada.

Nada pudo hacerse por ella; el pobre indígena estaba muerto, y Miss Herbert volvió al campamento llorando, para pasar un día de tristeza al lado de su prima enferma.

A pesar de estos accidentes, las dos cazadoras pasaron cuatro meses muy felices, según ellas. Es verdad que volvieron con los trajes destrozados, la piel llena de cicatrices y el lindo rostro abrasado por el sol de los trópicos; pero habían gozado la vida libre de la Naturaleza y las delicias de la selva virgen, superiores á todas las otras delicias del mundo.

REYES DE INCÓGNITO

El rey de España, que cuando viaja de incógnito en el extranjero, usa el título de conde de Toledo, trae á la memoria la costumbre que tienen los reyes modernos de usar incógnitos en sus viajes. Así el emperador de Austria viaja como conde de Hohenembs; el rey de Italia, como conde de Pollenzo; el de Portugal, como conde de Barcelles, y el rey Oscar de Suecia, como conde de Haga. El rey Eduardo, viaja desde que ascendió al trono, como duque de Lancaster, y cuando era príncipe de Gales, como Lord Renfrew. La reina Alejandra suele usar á menudo el título de condesa de Chester pero no obstante, una vez que fué á París, se pre-

sentó con el sencillo nombre de señora Stephens. La princesa Victoria ha viajado con el nombre de señorita Johnson; y hace ya algún tiempo viajó la reina Maud de Noruega, con el nombre de señorita Mills, y la acompañaba su institutriz. La princesa de Gales, viaja como condesa de Killarney; la princesa Christian es condesa de Gravenstein; y la princesa de Battenberg, madre de nuestra reina, viaja con el nombre de Lady Carisbrooke.

Un ilustre médico, dice que la mayoría de las enfermedades nerviosas, se pueden curar sin más que echarse el paciente una hora de siesta y dormir ocho horas por la noche.